



EL CLARO MÁS OSCURO

TRADUCCIÓN DE
DAVID LEÓN

ROBERT
DUGONI

amazon crossing

EL CLARO MÁS OSCURO

ROBERT DUGONI

TRADUCCIÓN DE
DAVID LEÓN

amazoncrossing 

Título original: *In the Clearing*

Publicado originalmente por Thomas & Mercer, Estados Unidos, 2016

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Mayo, 2018

Copyright © Edición original 2016 por Robert Dugoni

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2018 traducida por David León Gómez

Adaptación de cubierta por PEPE *nymi*, Milano

Imagen de cubierta: © James Osmond/Getty Images

Primera edición digital 2018

ISBN: 9782919800988

www.apub.com

SOBRE EL AUTOR

Robert Dugoni nació en Idaho y creció en el norte de California. Aunque estudió comunicación, periodismo y escritura creativa en la Universidad de Stanford dedicó su vida profesional a la abogacía. Hasta 1999, cuando se despertó un día decidido a dedicarse a escribir. Tras apartarse de la jurisprudencia, pudo completar tres primeras novelas con las que ganó el premio literario de la Pacific Northwest Writer's Conference. Desde entonces sus obras han encabezado las listas de éxitos editoriales de *The New York Times*, *The Wall Street Journal* y Amazon. Es autor de la serie de Tracy Crosswhite: *La tumba de Sarah*, *Su último suspiro* y *El claro más oscuro*; así como de la saga de David Sloane, que ha gozado de una acogida excelente por parte de la crítica: *The Jury Master*, *Wrongful Death*, *Bodily Harm*, *Murder One* y *The Conviction*. Ha figurado en dos ocasiones entre los aspirantes al Premio Harper Lee de ficción jurídica, fue finalista de los International Thriller Writers Awards de 2015 y ganador, ese mismo año, del Premio Nancy Pearl de novela. Sus libros se venden en más de veinte países y se han traducido a una docena de idiomas, incluidos el francés, el alemán, el italiano y el español.

Para más información sobre Robert Dugoni y sus novelas, véase www.robertdugoni.com.

Para Joe. Es hora de volar, hijo. Es hora de volar

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

PRÓLOGO

VIERNES, 5 DE NOVIEMBRE DE 1976. CON- DADO DE KLICKITAT (WASHINGTON)

Buzz Almond informó a la centralita de que se había puesto en marcha, pisó el acelerador y sonrió al oír el rugido de los 245 caballos del motor de ocho cilindros en V y sentir la inercia que lo clavaba al respaldo de su asiento. En la comisaría corría la voz de que los políticos tenían la intención de ir sustituyendo aquellos mastodontes ávidos de combustible por vehículos más eficientes y baratos. Tal vez fuese cierto, pero, por el momento, Buzz podía disfrutar de uno, un colosal Chevrolet Caprice de capota rígida y, para que lo soltase, iban a tener que arrancarle los dedos del volante.

La descarga de adrenalina lo hizo erguirse y sus neuronas comenzaron a lanzar impulsos eléctricos que parecían estallar como fuegos artificiales. Se sentía a pleno rendimiento. «Listo para el combate», como decían cuando estaba en los marines, y no veía motivo alguno para no usar esa misma expresión ahora que era ayudante del *sheriff* del condado de Klickitat. Hasta tenía ganas de lanzar un grito de guerra.

Redujo la marcha, bajó la ventanilla y ajustó el retrovisor para inspeccionar la calle perpendicular. Aunque la mayor parte de las vías de aquella zona estaba señalizada, aún había algunas que no eran más que caminos estrechos sin pavimentar. La ausencia de farolas, unida a la densa capa nubosa del cielo, había sumido los alrededores en una negrura absoluta en la que uno podía pasarse una carretera sin haber reparado en ella.

El haz de luz fue a dar en un conjunto de buzones maltrechos colocados sobre postes de madera. Buzz recorrió con él uno de metal que sostenía una señal verde reflectante hasta iluminarla y leer en ella: «Carretera de Clear Creek». Había llegado. Giró. El coche se puso a dar botes entre baches y rodadas. Los residentes se encargaban de arreglar algún que otro camino durante la primavera y el verano, pero aquel no había tenido tanta suerte.

Recorrió cuatrocientos metros entre la espesura de robles, pinos y álamos que se extendía a uno y otro lado. Tras torcer a la izquierda, vio una luz que centelleaba entre las ramas de un árbol. Se dirigió hacia ella por el camino de grava de una casa prefabricada de larga fachada. No había tenido tiempo de detenerse cuando salió un hombre y lo vio descender los tres escalones de madera y cruzar un patio de tierra lleno de leña sin apilar y chatarra con un tendedero vacío.

Comprobó el nombre que había apuntado a la carrera en la libreta de bolsillo y salió del coche. El aire olía a pino y estaba cargado, como queriendo anunciar la inminente nevada. La primera de la estación: sus hijas iban a estar encantadas.

El suelo, que empezaba a helarse por la súbita caída que habían experimentado las temperaturas después de una semana de lluvias rigurosas, crujía bajo sus botas.

—¿Es usted el señor Kanasket? —preguntó.

—Puede llamarme Earl —dijo el otro tendiéndole una mano seca y encallecida.

Su piel oscura y el cabello negro que llevaba recogido en una coleta le hicieron suponer que debía de ser uno de los integrantes de la tribu de los klikitats. Aunque la mayoría se había mudado al noreste, a la reserva de los yakamas, hacía ya décadas, todavía quedaban algunos. Earl llevaba una chaqueta de lona recia, vaqueros y botas de suela gruesa. Tenía el rostro salpicado de lunares oscuros y curtido, como

es habitual entre quienes trabajan al aire libre. Supuso que no debía de tener mucho más de cuarenta años.

—¿Ha sido usted quien ha llamado por su hija? —preguntó el recién llegado.

—Kimi viene siempre andando del trabajo. Siempre llama desde el Diner antes de salir y nunca llega tarde.

—¿El Columbia Diner? —Buzz iba tomando notas. Aca-baba de pasar por aquel local, poco menos que una caba-ña de madera sin compartimentar, no hacía ni dos kilóme-tros, en la carretera estatal 141.

En ese momento salió corriendo de la casa una mujer envolviéndose en un abrigo largo. La seguía un joven que, a juzgar por el parecido, debía de ser un hijo ya mayor del matrimonio.

—Le presento a Nettie, mi mujer, y a nuestro hijo Élan —anunció Earl.

A ella le asomaba el dobladillo del camisón por debajo del abrigo. Llevaba zapatillas de andar por casa, mientras que Élan iba descalzo y vestía vaqueros y una camiseta blanca. Buzz sintió frío solo de mirarlo.

—¿A qué hora suele llegar Kimi a casa?

—A las once. Siempre puntual.

—¿Y hoy ha llamado?

—Como todas las noches. Nos llama siempre que trabaja —dijo el padre, cuya voz empezaba a sonar impaciente.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Buzz, tratando de mante-ner la calma, aunque empezaba a tener la sensación de que todo aquello no se debía solo a una muchacha que llegaba a casa más tarde de la hora acordada.

—Que venía para acá.

Nettie puso la mano en el antebrazo de su marido para apaciguarlo.

—Kimi no es así —dijo la mujer—. Nunca nos daría un disgusto: es muy buena muchacha. El año que viene irá a la Universidad de Washington. Si ha dicho que venía para acá, tendría que haber llegado ya.

Élan volvió la cabeza y cruzó los brazos, gesto que a Buzz le pareció una reacción extraña.

—Por lo que me dice, va al instituto, ¿no?

—Está haciendo su último año en la Stoneridge High School —contestó Nettie.

—¿Puede ser que haya ido a casa de una amiga?

—No —dijo Earl.

—¿Y nunca le había pasado antes? ¿Nunca ha llegado tarde?

—Nunca —respondió al unísono el matrimonio.

—De acuerdo —dijo Buzz—. ¿Ha ocurrido algo en casa o en el instituto que haya podido hacer que cambie su forma de actuar?

—¿A qué se refiere? —quiso saber Earl, cuya voz empezaba a sonar airada.

Buzz no perdió la calma.

—Alguna discusión reciente, quizás algún problemilla de adolescentes en el instituto... —Aunque, en realidad, no tenía ningún punto de referencia reciente, ya que sus hijas tenían dos y cuatro años, recordaba que sus hermanas y las amigas de estas se habían vuelto una verdadera lata al llegar a la pubertad.

—Ha roto con su novio. —Élan interrumpió de golpe la conversación.

Buzz miró al joven y, al ver que no decía nada más, volvió a fijar la atención en Nettie y en Earl. La falta de expresión de su cara podía significar tanto que acababan de enterarse como que habían considerado que no valía la pena mencionarlo.

—¿Cuándo? —preguntó a Élan.

—Hace un par de días.

«Por fin empezamos a avanzar», pensó Buzz.

—¿Con quién estaba saliendo?

—Con Tommy Moore.

—¿Lo conoces?

—Iba a mi clase, pero entonces no eran novios. Se lo presenté después.

—¿Cuándo?

—Hace dos años.

—¿Llevan dos años saliendo?

—No —aseveró Nettie enérgica.

—No, hace dos años yo iba al instituto —dijo el muchacho.

—Élan no llegó a graduarse —apostilló la madre.

Buzz tenía la clara impresión de que Earl y Nettie no aprobaban la relación de su hija.

—¿Cuánto tiempo llevaba saliendo Kimi con Tommy Moore?

Nettie agitó la mano con un gesto desdeñoso.

—No era nada serio. Como le he dicho, Kimi empezará la universidad el curso que viene.

Buzz miró a Élan.

—Seis meses —respondió él—. Empezaron a finales del año pasado.

El ayudante del *sheriff* colocó un asterisco en su libreta al lado del nombre de Tommy Moore.

—¿Sabes dónde vive?

El muchacho señaló hacia los árboles.

—En Husum.

Llamaría a la central para que le dieran la dirección.

—¿A qué se dedica?

—Trabaja de mecánico. Además, es boxeador. Ha ganado la Golden Gloves.

—¿Por qué han roto?

Élan meneó la cabeza mientras encogía los hombros para combatir el frío.

—Ni idea.

—¿Te dijo tu hermana si tenían problemas?

—No nos hablamos.

Aquello llevó a Buzz a hacer otra nota mental.

—¿Tu hermana y tú no os habláis?

—No. Tommy decía que tampoco les iba demasiado bien. Kimi puede llegar a ser un coñazo.

—Élan —lo amonestó Earl, molesto a todas luces.

—Un momento —insistió Buzz—. ¿Dijo Tommy que las cosas no iban bien?

—Sí. Por lo visto, Kimi se volvió muy engreída.

—No era nada serio —intervino Earl.

Élan puso los ojos en blanco y se dio la vuelta.

Antes de que Buzz pudiera preguntar nada más, Earl y Nettie miraron a sus espaldas. Él se volvió y vio una procesión de faros de automóvil que avanzaba por entre los árboles.

—¿Será ella? —preguntó.

—No: es gente a la que he llamado para que eche una mano.

Tres vehículos doblaron la curva y entraron en el patio de tierra para aparcar al lado del coche patrulla de Buzz. Quienes los ocupaban se apearon y cerraron las puertas con energía. Las mujeres fueron a consolar a Nettie, en tanto que los hombres miraron a Earl, quien se volvió a su hijo diciendo:

—Ve con ellos.

Buzz alzó una mano.

—Espere, Earl. ¿Quién es esta gente?

—Amigos —respondió él—. Van a buscar a Kimi.

—Está bien, pero quiero que esperen todos un momento.

—Le ha pasado algo —repuso Earl—. Andando —dijo a Élan.

El joven recogió un par de botas de los escalones y siguió a los hombres hasta los coches, que arrancaron de inmediato.

—¿Por qué cree que le ha podido pasar algo? —quiso saber Buzz.

—Por las protestas.

—¿Las protestas sobre el fútbol americano?

El *Stoneridge Sentinel* y *The Oregonian*, de tirada mucho mayor, habían informado de los actos de reivindicación que habían protagonizado las tribus de los yakamas contra el uso, por parte de la Stoneridge High School, del nombre de Red Raiders y su mascota, un estudiante blanco con pinturas de guerra y plumas en el pelo que irrumpía en el terreno de juego montado en un caballo de cartón y enterraba una lanza en el césped.

—¿Han recibido amenazas? —preguntó Buzz.

—El asunto ha despertado malestar entre los vecinos y Kimi es hija mía. Yo, como miembro del consejo de ancianos, soy un símbolo de la protesta.

Buzz se frotó la barba que comenzaba a asomarle en el mentón.

—Voy a necesitar una fotografía reciente de Kimi y una descripción física detallada, así como una lista de los amigos con los que más relación tenga.

Earl hizo un gesto a las mujeres, que se metieron enseguida en la casa.

—Mi mujer le dará los nombres y empezará a llamar a sus amistades.

—¿Sabe qué camino sigue su hija para venir a casa? —preguntó Buzz.

—Sí.

—Pues vamos a echar un vistazo antes de que empiece a nevar.

Se dirigieron con premura al coche patrulla y entraron. Buzz percibió la inquietud de Earl y, pensando en sus propias hijas, dijo:

—Vamos a encontrar a su hija, señor Kanasket.

El otro no respondió: se limitó a escrutar la oscuridad a través del parabrisas.

CAPÍTULO 1

JUEVES, 27 DE OCTUBRE DE 2016. SEATTLE
(WASHINGTON)

Tracy Crosswhite acababa de vaciar lo que quedaba del cargador de su Glock del calibre 40, seis balas en menos de diez segundos desde una distancia de catorce metros, cuando sonó su teléfono. Enfundó el arma, se quitó los protectores de oídos y miró quién la llamaba. Sus tres alumnas contemplaban la diana con la boca abierta. Cada uno de los disparos había ido a dar en el centro mismo de los círculos concéntricos que llevaba el blanco en el pecho.

—Tengo que contestar —anunció apartándose para hablar por el aparato—: Dime que me llamas porque me echas de menos.

—Debes de tener un imán para los asesinatos —respondió su sargento, Billy Williams.

Y lo cierto es que últimamente daba esa impresión: cada vez que mataban a alguien eran su compañero, Kinsington Rowe, y ella quienes estaban de guardia en homicidios.

Billy le hizo saber que la centralita había recibido una llamada de emergencia sobre una muerte por herida de bala que se había producido en un domicilio de Greenwood a las 17.39. Tracy miró el reloj y vio que habían transcurrido veintiún minutos desde dicha hora. Conocía aquel barrio de clase media y ambiente tranquilo del centro norte de Seattle, porque había estado buscando casa en él.

—En una residencia unifamiliar —añadió el sargento.

—¿Una pelea doméstica?

—Tiene toda la pinta. El forense y la científica van de camino.